

XX

Maria Vinini fué expulsada de la escuela por ocho días. Después de comer, la niña Orveggi no vino. A la maestra no le sorprendió, pensando en el golpe que había sufrido por la mañana. Mas viendo que al día siguiente tampoco iba, comenzó á preocuparse.

Esperaba encontrarse á la salida con el padre, y con gran estupefacción suya vió venir á su encuentro á la señora en traje primaveral, con semblante risueño y amistoso. ¿Qué había pasado? ¿Era un cambio de táctica pensado, para obtener la admiración por buenas, inspirado por la ternura de algún nuevo amor y por el influjo de las primeras auras de Abril? ¿O era un acto de humillación espontánea que ella hacía, habiéndose olido algo del suceso, para salvar la reputación herida, á fuerza de cortesía?

Sea como fuere, la maestra se puso á la de-

fensiva, y recibéndola en medio del salón de espera, usó del consabido artificio de no apartar la mirada de los ojos de ella, más que para volverlos rápidamente á las paredes ó al techo, sin posarlos en sus galas.

Esto atenuó inmediatamente la buena disposición de ánimo, sincera ó fingida de la señora, y concurrió á producir ese mismo efecto, la observación que hizo ella por vez primera entonces, que la maestra tenía una boca pequeña, encendida, de una forma infantil, graciosísima. Así que con voz menos dulce ya de la que tenía preparada dijo, que la niña no había venido porque estaba un poco indispuesta, y que se quedaría también en casa el día siguiente. A ella y á su padre les había contado que se había sentido mal porque no había digerido el café con leche.

—Es un tierno angelito—añadió,—á quien una nada echa por tierra, viciada por las caricias del *papá*, y quizá también mimada por otros que marchitan á las niñas con una educación demasiado sentimental (como es la de los libros) y afectada. Dentro de dos días estará curada. No necesita más que tener un poco de ánimo.

—Me da usted una noticia consoladora—

contestó la maestra.—Su niña es una criatura adorable. No necesita sino que la quieran y no tener disgusto alguno.

—En cuanto á esto—replicó la señora—persuádase usted de que es *amada* (é imitó ligeramente el acento de la maestra) por todos. Debo también darle á usted gracias por el amor que siempre le ha demostrado. Es usted sumamente buena con ella. Alguna vez precisamente me pongo á pensar en todo el bien que ustedes hacen. ¡Pobres señoras maestras! Siempre trabajando desde la mañana á la noche, en contacto con toda clase de gentes, pagadas como todos saben, sin alcanzar siquiera la estimación que les es debida, á veces calumniadas, humilladas...

La Galli sintió en lo vivo el lancetazo; no era la vez primera que la madre de una alumna le daba un alfilerazo bajo el manto de la conmiseración. Ella le contestó pronto.

—La conciencia honrada recompensa todo. *Usted lo sabe bien.*

—No puedo saberlo como usted—repuso la señora—que *ni siquiera* debe haber tenido la conciencia *en peligro.*

—¡Oh! por Dios, no diga tal cosa—replicó á su vez la maestra—porque *yo*, todavía soy capaz de sonrojarme.

Y continuando ambas con forzada sonrisa, se cruzaron las miradas como dos espadas.

Una y otra comprendieron bien sin embargo, que si hubiesen dado un paso más adelante, hubieran tenido que arrojar la máscara á un lado y herirse de muerte. Así que se hicieron una reverencia y se separaron, diciéndose:

—Hasta que tenga la honra de volver á ver á usted, señora.

—La honra será mía—señorita.

Y con acento tal, que de una parte revelaba un odio y de otra un desprecio, tan duraderos como la vida.



XXI

La maestra, á pesar de esto, respiró; porque del tono altanero de la señora le parecía poder inducir con certidumbre que ni ella, ni su marido por consiguiente, habían sabido nada de lo ocurrido; que era lo que sobre todo le interesaba. Poco duró, sin embargo, su tranquilidad. Aquel mismo día por varias señales pudo colegir que las palabras escritas en la carta no eran ya un secreto; que á lo menos una de las alumnas que había transmitido el papel, las leyó sin duda, y las pro-paló después de haberse borrado el primer efecto de terror que la directora produjo.

Al salir de la escuela pudo recoger al vuelo también algo como el eco suyo en las conversaciones de las gentes de servicio; una suplente dijo que las había oído repetir á una alumna de la sección cuarta. Este descubrimiento la anonadó, temiendo que la noticia llegara por cualquier conducto al se-

ñor Orveggi, no tanto por el dolor que experimentarí al saber que su deshonra se había hecho pública de aquella manera, pues que á esto debía ya de estar resignado; sino por el golpe mortal que le causaría la vergüenza y la pena de su hija. A los dos días el temor se convirtió en certeza, cuando al salir de la escuela vió cruzar desde la otra acera al señor Orveggi pálido y descompuesto, con la mirada fija, que la estaba esperando.

Sus primeras palabras la desengañaron. Era algo peor.

Estaba tan alterado que le hizo señas á la maestra para que se acercara, sin saludarla. Y con trémula voz, moviendo la cabeza, le dijo apresuradamente:

—Está muy mal, está muy mal.

—¿Cómo?—preguntó con afán la maestra.—¿La niña? ¿Pues si la esperaba mañana en la escuela? ¿Está muy mal?

El repitió con aire desolado, echando á andar:

—Está mal, muy mal, está muy mal. Venga usted conmigo.

Y notando la vacilación de la maestra, añadió con timidez:

—Estaremos solos.

La maestra le siguió, interrogando.

—No se sabe, no se comprende— respondió balbuceando— un médico dice una cosa, otro dice otra. Está muy mal.

Y siguió apretando el paso, inseguro, con la mirada en tierra, respirando corto.

La maestra repitió las preguntas con creciente inquietud.

—Pero no está grave, ¿verdad? ¿Cuándo se ha agravado? ¿Habla? ¿Está tranquila? ¿Cómo ha ocurrido?

—Habla—contestó siempre á escape,—está tranquila. Quizá tiene demasiada presencia de ánimo. Pero, está mal, muy mal.

Y sin decir más, dando vuelta á la carrera de Goito, en pocos pasos llegaron á la Casa y enfilaron la escalera; primero Orveggi, agarrándose al pasamano.



XXII

Les abrió la muchacha de cara audaz, con su franja de rizitos en la frente.

La inquietud no privó á la maestra de reconocer, en cuatro ojeadas, al atravesar las habitaciones, la casa donde el marido no es nada y la señora lo es todo, porque no habia ni orden ni comodidad en ninguna parte, y en todo se veía la elegancia y la vanidad. Al llegar al fondo de un pasillo, vió por la rendija de una puerta, en un cuartito desnudo, semejante más que á una alcoba á una despensa, una camita que no podía ser de nadie más que de la niña, y creyendo que estaria allí hizo por entrar. Pero el padre le señaló en el acto otra puerta, diciéndole:

—La niña está aquí.

Y la maestra comprendió en seguida, que á causa de la enfermedad, el pobre hombre habia conseguido que su hija se trasladara

de aquel indecente tugurio á su habitación.

La Maestra entró primero y corrió al lecho en donde la niña le tendía los brazos desnudos.

La besó con ternura, y al levantar la cabeza para mirarla se sintió consolada. Estaba algo más pálida que de costumbre: la grata emoción que le produjo el volver á ver á su maestra le había avivado algo los colores.

Pero en el fondo de sus ojos se veía siempre la inmensa amargura de aquella mañana malhadada. La maestra comprendió en el primer momento que la enfermedad venía de allí, que el golpe había sido demasiado fuerte para aquel cuerpecillo débil, el cual quizá hacía tiempo ya, llevaba el mal en germen. Sus hermosos ojos parecían más intensamente negros en medio de la blancura de las almohadas en que estaba hundida su cabeza. La habitación, perfumada de manzanilla, estaba clara y por la ventana del fondo, cerrada solamente con una hoja de la persiana, se veía el verde alegre de los árboles de la carrera de Goito, que venía á acrecentar la particular tristeza que dá el ver á un niño enfermo en la primavera.

El padre permaneció, derecho al pie de la

cama, mirando con ojo escrutador cuándo á la niña, cuándo á la maestra: ésta estaba de pie en la cabecera, con una mano de la niña, que ardía, entre las suyas.

A las primeras preguntas sobre su salud, respondió que estaba mejor, y siguió mirando á la maestra con ojos tristes y dulces en silencio.

De lo que había pasado nada podría decir, y en presencia del padre no hubiera podido hablar tampoco de otras cesas. En sus inmóviles pupilas sin embargo, se veía expresado todo con una tal claridad que á la Galli le parecía ver que sus labios se movían y que oía sus palabras.—No, maestra, no estoy mejor. Bien está así. ¿Qué tengo yo que hacer en el mundo? Sólo había de encontrar más disgustos y más humillaciones, bien lo sé. Mi padre, enfermo é infeliz, me abandonaría al cabo de pocos años y me quedaría aún peor que sola. ¡Estoy tan cansada de sufrir ya! ¡He sufrido tanto desde que comencé á comprender..., y he comprendido tan pronto! No ser amada una por su madre es triste; pero infinitamente más triste es ver torturado, en vilecido por ella al padre que vive por mí y es toda mi vida. ¡Oh, maestra, qué martirios, qué vergüenzas he visto y adivi-

nado! Disputas, iras, llantos, frías persecuciones y feroces y horribles palabras, continuamente, en presencia mía, á la mesa, cerca de mi lecho, de noche, en los días más hermosos y más santos. Los sollozos de mi padre me han desgarrado el alma, y más aún sus prolongados silencios, desesperados, de días y días; y todavía más su dulce resignación de los últimos años, cuando toda su alma se refugió en mi corazón. ¡No, jamás ha habido niña hambrienta, golpeada, forzada á mendigar que haya sufrido y temblado tanto como yo! ¡Oh, pobre padre mío! ¡Cuánto ha padecido por mi causa! ¡Y cuántos dolores no he pasado yo también, fingiendo tanto tiempo que nada comprendía, para librarle de lo que hubiera sido para él la más profunda de sus amarguras!... Pero siendo mayor, ya no podría fingir... y por esto mejor es que me vaya. Cuando yo ya no exista, pasado el primer dolor, podrá irse á vivir solo en paz, pensando en mí. Yo me voy con el consuelo de este pensamiento, y llevo en el corazón con el nombre suyo, el de usted, maestra mía, mi buena amiga, mi buena madre de mis últimos días... En este punto, dijo en voz alta, sonriendo y mirando á su padre:

—Estoy mejor, maestra. ¡Oh, pronto he de volver á la escuela!

Un soplo del viento sacudió en aquel instante los árboles, la hoja de la persiana se abrió dejando paso á un rayo de sol; la corneta de los cazadores de infantería que pasaban por la calle resonó en el mismo momento.

El padre recordó la viva alegría que se había apoderado de la niña años atrás, la primera vez que había oído aquella música desde la nueva casa. Ocurren en las enfermedades de las personas queridas momentos tales, en los que una palabra alegre, una oleada de luz ó de perfumado aire ó el sonido de un cántico lejano, despiertan la esperanza como una llama repentina. El padre se inclinó sobre el lecho y cogiendo por encima de la colcha los piececitos de su hija, los besó muchas veces, apretándolos contra sus mejillas, ansioso, entre la alegría y los sollozos, con el abandono de un niño. Y la maestra observó con profunda lástima su cabeza calva y surcada de venas, é imaginósela abandonada de aquel modo en el regazo de su mujer, cuando ésta lo dominaba aún por el amor, antes de tenerle esclavo por medio de la niña... ¡Ay de mí! Cuando la niña se

había hecho ya mayor, y él habría podido romper el yugo, su fibra viril estaba consumida, no era más que un paralítico del alma condenado á morir en su puesto.

Un campanillazo le hizo alzar repentinamente la cabeza, inquieto y casi amedrentado.

La hija le tranquilizó con una seña, que debía querer decir:

—No puede ser todavía mamá.

Sin embargo él salió.

Y entonces la niña se incorporó algo apoyándose sobre un codo, y mirando hacia la puerta para asegurarse de que su padre había salido, preguntó á la maestra con suavísimo acento de súplica:

—¿Se acordará *después* de mí?

No era más que la expresión de un pensamiento que la maestra había adivinado, mas que le traspasó el alma.

—¡Oh! Julia, ¿pero qué tonterías?... ¿qué dices—le replicó cojiendo su cabecita entre las manos,—qué dices alma hermosa y adorada? ¿Qué pensamientos cruzan por tu cabeza? Tú volverás á la escuela la próxima semana, yo te espero, y quiero que vaya pronto mi Julia. ¡No puedo decir diez palabras sin mirar tu sitio vacío y creo estar

viéndote siempre allí, con tus hermosos ojos negros y buenos; y explico para tí, como cuando estabas allá, porque no podría dar clase sin tí, que eres mi niña más querida y te quiero como si fuese tu madre!

La niña la miró con expresión de infinita gratitud, y le hizo acariciar con la mano su mejilla. Luego dijo tristemente:

—Y sin embargo... no volveré más.

Añadiendo en seguida con voz más fuerte mirando á la puerta:

—Estoy mucho mejor.

Su padre volvía tranquilizado.

La hija le sonreía; pero bien se comprendía que había vuelto demasiado pronto y que hubiera querido decir alguna cosa más.

La maestra creyó interpretar su pensamiento y, esforzándose por dar firmeza á su propia voz, le preguntó:

—¿Me dejará volver, no es verdad?

La hija y el padre se miraron con cierta incertidumbre y pesar, como para decirse que la cosa no sería tan fácil. Respondieron sin embargo que sí, los dos; pero la Galli comprendió que aquella visita sería quizá la primera y la última juntamente.

—¿Y Georgina?—preguntó la enferma con melancólica sonrisa. Georgina era su

protegida, la hija del mozo de cuerda.

—Georgina está apenada — contestó la maestra, — te espera; se pondrá contentísima al saber que estás mejor y que te has acordado de ella.

—¡Cuánto me alegraría verla!—Y dijo esto como quien expresa el deseo de algo imposible de alcanzar.

La maestra hubiera querido decir más, pero viendo que el padre se acercaba á la ventana y que miraba el reloj á hurtadillas, comprendió que debía marcharse.

La niña, aprovechándose de aquel momento, le echó el brazo derecho al cuello y cogiéndole una mano con su izquierda murmuró:

—¡Gracias, señora maestra, gracias!

La Galli sintió que le ponía algo entre los dedos, lo apretó y lo echó á su bolsillo furtivamente.

El padre volvió á acercarse.

—Todavía tengo que decir una palabra á mi maestra—le dijo la niña, añadiendo sonriente:—pero esto es un secreto entre nosotras.

Y abrazándola nuevamente, murmuró á su oído con la suavidad de un ángel:

—Perdono á todos.

La maestra se estremeció como si hubiera sentido el frío de un sepulcro.

—Salude á Georgina —le dijo en alta voz la niña, sin quitarle el brazo del cuello.— ¡Hasta la vista!—Y más bajo, como un soplo:—¡Adiós!

La Galli la besó con desesperación, ahogando los sollozos, y salió como una loca, sin ver nada, tropezando en su propio vestido, tocando las paredes para saber dónde estaba. Por fortuna el recibimiento estaba obscuro, Orveggi no la vió, y ella tuvo aún fuerza para decirle:

—¡Tenga valor, está mejor!—mientras le besaba la mano el pobre dándole gracias.

Apenas estuvo en la escalera, sacó el objeto que le había puesto en la mano... y entonces el sollozo contenido estalló: era ya el recuerdo de una muerta: un mechón de cabellos.

Al día siguiente la muchacha estaba mejor; pero pasados dos días se precipitó el mal.

Al salir una tarde de la escuela, la maestra sintió glacial escalofrío al oír que desde la mañana no había esperanza alguna de salvación. Se encaminó casi á la carrera á la casa;— á los pocos pasos se detuvo ante el

pensamiento de encontrarse frente á la señora;—pero el amor y la piedad la empujaron hacia adelante con impetu. Una vez en el portal, se asomó á la ventana de la portería, y preguntó:

—¿La niña Orveggi?

La portera que estaba revolviendo sus patatas, volvió la cabeza, sin dejar de revolver en la sartén, y contestó con una parsimonia que parecía anuncio de buenas noticias:

—Hace pocos minutos, cuando subí á ver, había muerto.

La maestra lanzó un grito y subió las escaleras volando. Halló la puerta abierta, titubeó un momento, luego se lanzó adentro. En el recibimiento no había nadie. Entró de puntillas en el comedor: nadie. Pero en el momento que entraba, oyó en la habitación de más allá gritos que la helaron la sangre en las venas, y la clavaron aterrorizada en el umbral: de esos gritos tremendos que resuenan luego toda la vida en el corazón como una revelación de abismos de dolor que el pensamiento no ha sondeado antes; y entre alarido y alarido, sollozos que parten del alma y los más desoladores gemidos que jamás haya arrancado la desesperación, de las entrañas del hombre; y juntamente con las

violentas sacudidas, un ruido de pasos y de voces de hombres y de mujeres:

—¡Usted, doctor!

—¡Por aquí!

—¡Oh, Dios bendito!

—Despachad.

La maestra turbada, sofocada por la angustia y el terror, impotente para avanzar ó para huir, miró en torno suyo desvanecida en busca de un apoyo, y vió como detrás de un velo obscuro que se movía, sillas derribadas, un candelero hecho pedazos por el suelo, la cortina de una puerta arrancada, toda la habitación en desorden. De repente, por la puerta de enfrente salió corriendo la muchacha, pálida, con ropa en la mano, y al ver á la maestra:

—¡Ah, que desgracia! — exclamó. — ¡La niña ha muerto y el señor ha intentado suicidarse!

Sólo entonces, vió la maestra el pavimento y los muebles ensangrentados y un chorro de sangre en la pared, con cabellos blancos pegados á la tapicería; y ante este espectáculo, perdió el sentido.

